

que Él mismo promete en el Apocalipsis<sup>1</sup>, la cual, como explican los expositores<sup>2</sup>, significa la esperanza cierta de vida eterna fundada en las riquezas espirituales que comunica en el divino Sacramento. Con ella os dará juntamente una prenda de absolución de vuestras culpas, de remisión de las penas eternas y de elección para reinar con Él en la bienaventurada eternidad. Así sea.

### SERMÓN DÉCIMOQUINTO

(predicado en la Capilla del Sagrario, Bogotá, 1886).

#### La Caridad, columna de la Eucaristía.

In medio est ipse accensus ob filias Jerusalem.  
En medio está él ardiendo de amor por las hijas de Jerusalén.

Cant. 3, 10.

1. Fruto de la Fe es la Esperanza; mas ni una ni otra llegan á la perfección de que el hombre es capaz en esta vida, por más que sean ambas á dos efusiones del Espíritu Santo en nuestras almas. Es á la Caridad á la que corresponde santificar plenamente el espíritu del hombre, enriqueciéndole con la plenitud de la gracia y el tesoro de todas las virtudes. *Charitas, vinculum perfectionis*<sup>3</sup>. Porque, *siendo Dios caridad, el que posee la caridad permanece unido á Dios*<sup>4</sup>. ¡Feliz el hombre que tiene la fe y la esperanza! pero más feliz el que posee la caridad, que, como dice el Apóstol, es el mayor de los dones celestiales<sup>5</sup>. De aquí es que la caridad no sólo no podía faltar en el edificio de la sacrosanta

<sup>1</sup> Apoc. 2, 17.

<sup>2</sup> *La Puente* l. c. tr. 4, cap. 7, § 3.

<sup>3</sup> Col. 3, 14.

<sup>4</sup> 1 Io. 4, 16.

<sup>5</sup> 1 Cor. 13, 13.

Eucaristía, concedida á los hombres para hacerlos bienaventurados en la tierra, sino que ella es la principal y más vistosa de las columnas que lo sustentan. Sí, cristianos: la caridad es columna de oro purísimo del templo eucarístico. Y admirad desde luego el maravilloso simbolismo de ese rey de los metales.

2. Nada pudiera simbolizar mejor que el oro las excelencias y propiedades de la divina caridad. ¿Qué otra materia ha creado Dios en el seno de la tierra más pura y más sólida y brillante? De aquí la estimación universal y nunca desmentida en que el hombre de todo tiempo y clima lo ha tenido, hasta emprender dilatadísimos viajes, afrontando peligros de muerte por mar y tierra, á fin de conseguirlo. *¿Á qué no obligas los pechos de los mortales*, exclama el poeta latino, *maldita sed del oro*?<sup>1</sup> Nada ha encendido más la codicia humana que el preciado metal, cuyos rayos parecen deslumbrar los ojos y fascinar el corazón. ¿Pues qué decir de su belleza? Si no fuera tanta, no sería el oro la materia de las obras de arte más preciosas, ni el engaste natural y apropiado de las famosas piedras del Oriente. ¿Hay otro que pueda sustituirle en la corona de los reyes, en la tiara de los pontífices, en los sagrados vasos del altar, en los collares de las princesas y en las cruces pectorales de los príncipes de la Iglesia? Ninguno ciertamente; y por eso Dios mismo, en los tiempos modernos como en los antiguos, así en los templos cristianos como en el de Salomón, se ha dignado servirse de él para su culto. Y lo que es más notable, del oro se ha valido el Espíritu Santo como de término de comparación y semejanza para darnos la

<sup>1</sup> *Verg. Æn.* III, 57.

más alta idea de sus dones y gracias. *La ciudad santa de Dios*, que vió San Juan en el Apocalipsis, *estaba cubierta toda de oro puro y bruñido*<sup>1</sup>; y los justos son probados como el oro en el crisol<sup>2</sup>. *Yo te aconsejo*, dice el mismo Dios, *que compres de mí el oro acrisolado para que seas verdaderamente rico*<sup>3</sup>. ¿Y cuál es este oro, según San Lorenzo Justiniano, sino la caridad?<sup>4</sup> Todas nuestras obras, dice este Santo, aunque sean en su género buenas, son de plomo, esto es, de ningún valor sin la caridad: ésta es oro que da merecimiento á todas ellas. Y para que nada falte á la belleza y excelencia del riquísimo metal, el fuego lo purifica y añádele hermosura comunicándole, en cierta manera, sus atributos. ¿No le presta un tinte más subido, semejante al de la llama? Y á su vez, el fuego, arrojando borbotones de chispas por la chimenea de la locomotora, ¿no semeja una copiosa lluvia de oro que embelesa los sentidos? He ahí, pues, al fuego remedando al oro, y á éste revistiéndose de las propiedades de aquél. He ahí el adecuado símbolo de la más alta y preciosa de todas las virtudes, sin la cual nada tiene precio en los ojos de Dios.

3. Pues ésta es la columna principal que sostiene el magnífico templo de la sagrada Eucaristía. Porque, como vamos á ver en esta tarde, de los ardores del Corazón divino, hija de la inmensa caridad de Cristo, nació la Eucaristía; y su objeto final no es otro que abrasar en fuego de amor el humano corazón. La caridad es principio y término de la sagrada Eucaristía: principio, el anhelo de Dios por unirse con el hombre;

<sup>1</sup> Apoc. 21, 18.

<sup>2</sup> Sap. 3, 6.

<sup>3</sup> Apoc. 3, 18.

<sup>4</sup> In ligno vitæ (De car. c. 3, p. 26).

término, la unión del hombre con Dios. Imploramos etc. *Ave María*.

### I.

4. Procuremos sentar primero el concepto genuino del amor, afecto que, elevado á un orden sobrenatural, llega á ser la caridad. Apresurémonos á describirlo de otros conceptos espurios que se le asemejan, mejor dicho, que lo remedan torpemente usurpándole su nombre, y se llaman propensión, afecto, simpatía y aun inclinación sensual. ¡Miserable condición humana que tiende á profanar lo más santo, apellidando amor el egoísmo! El amor, afecto nobilísimo de la voluntad libre y señora de sí, es por índole nativa generoso y pródigo, porque supone como base la bondad, la cual, según los filósofos y teólogos, es *difusiva de sí*, propende á dilatarse y desbordarse como la concha llena y superabundante de aguas cristalinas. El ser cuanto más bueno es en sí, tanto mayor capacidad tiene de amar, siendo éste el atributo propio de los seres más perfectos, y primero y principalmente de aquél que no sólo es perfectísimo, sino la perfección plena y absoluta. Y, si no ¿por qué tantas veces se repite en la Escritura que *Dios es amor*? ¡Qué pobre y mezquino debe de ser aquél que, concentrando en sí mismo todos sus afectos, no sale fuera de sí por la irradiación del bien! Pero el amor magnánimo, no satisfecho con derramar la abundancia de sus bienes, obliga al amante á darse á sí propio, si es posible, á transfundirse en el amado, de donde con suave violencia le conduce hasta el sacrificio. La dádiva y entrega de sí mismo es la fusión del amante en el amado, es la consumación del amor.

<sup>1</sup> Io. 4, 8.

5. Apliquemos ahora esta teoría á la institución de la sagrada Mesa, para demostrar cómo el principio de ella es la infinita é inagotable caridad de Dios. Este Ser omnipotente é infinitamente bueno, que había comunicado al hombre, por el hecho de la creación, tanta suma de bienes, de que Él solo es dueño y soberano, como son la existencia, la vida, la inteligencia, la libertad y cuanto de estos bienes se deriva, según la humana capacidad y la riqueza que le concedió en lo exterior, quiso darnos otros dones todavía más preciados y de mayor cuantía, cuales fueron los tesoros de la gracia en el orden sobrenatural, que dice el Apóstol San Pedro <sup>1</sup>: joyas, como si dijéramos, desprendidas de su misma persona para ataviarnos con ornamento propio de la Divinidad. *Á fin de hacernos participantes de la naturaleza divina*, añade el mismo Apóstol. Con esto parecía agotado el poder de dar, no pudiendo Dios dar su propio ser á una criatura, por ser la naturaleza divina esencialmente incommunicable fuera de sí misma. Y sin embargo, aun no estaba agotado, porque no puede estarlo nunca, su poder de amar. ¿Qué hace, pues, el amor omnipotente? Atended á estas maravillosas invenciones divinas: *adinventiones eius* <sup>2</sup>. Dale á una naturaleza humana individual su propia personalidad, y con ella, necesariamente, su divinidad; hácese Dios hombre, ya que el hombre no podía hacerse Dios. Entonces aparece en el mundo Jesucristo, Dios hecho hombre, *Dios con nosotros* <sup>3</sup>, supremo esfuerzo del amor de Dios, invención prodigiosa de la bondad infinita. *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Maxima et pretiosa nobis promissa donavit (2 Petr. 1, 4).

<sup>2</sup> Is. 12, 4.

<sup>3</sup> Matth. 1, 23.

<sup>4</sup> Io. 3, 16.

6. ¿Qué os parece, cristianos? ¿Estará con esto plenamente satisfecho el infinito amor de Dios? Me atrevo á decir que no; pues, aunque se ha dado todo entero á su criatura, pudiendo decir ésta con verdad: *Todo cuanto te pertenece ¡oh Dios! es mío* <sup>1</sup>, sin embargo todavía no se ha sacrificado. Á la verdad, en naturaleza divina no cabe sacrificio. Dios puede darlo todo; mas ¿cómo podrá perder algo de su ser necesario é inmutable? Aquí se toca en el confín de lo imposible. Pero no lo hay para el amor; y el amor quiere á todo trance el sacrificio. Pues bien: el Padre vacía, por decirlo así, todo su corazón en el corazón de su Hijo hecho hombre; y el corazón de Jesucristo, que encierra todo un piélagos sin límites de amor, dará satisfacción en su naturaleza apropiada, en la naturaleza humana, á las imperiosas exigencias del amor, empeñado en sacrificarse por el hombre. Y, en efecto, sacrificase Jesucristo, da su vida en un patíbulo afrentoso, muere exangüe y de todos desamparado, á fin de que su sacrificio abrazara toda suerte de bienes, la vida, el honor, el corazón. Aquí quedara todo terminado si el amor infinito no burlase todo cálculo, dilatándose siempre más allá de todas las fronteras del pensamiento. Dios se había comunicado, por la unión hipostática ó personal, á un solo hombre: pero su caridad, como pondera Santo Tomás <sup>2</sup>, no podía sufrir que uno solo gozase de aquel bien, sin que se comunicase en alguna manera á todos los demás. Dios se había sacrificado una vez <sup>3</sup> en el *Sancta Sanctorum* de la Cruz, lo cual era bastante para santificarlos á todos; quería, no obstante, sacri-

<sup>1</sup> Io. 17, 10.

<sup>2</sup> Opusc. 58, cap. 5, apud *La Puente*.

<sup>3</sup> Hebr. 9, 12.

ficarse millones de veces, perpetuar hasta el fin de los siglos su sacrificio real, aunque místico é incruento. Su dádiva y su inmolación debían durar, con la novedad de un hecho siempre actual, hasta donde fuese posible prolongarlos en la serie de los tiempos: *Usque ad consummationem sæculi*<sup>1</sup>. He ahí la caridad, raudal de donde brotó la sagrada Eucaristía, como torrente de aguas vivas que salta hasta la vida eterna<sup>2</sup>.

7. Y Jesucristo ha logrado á maravilla el objeto que se propuso al instituir el Sacramento del amor. Nos da todo cuanto á un Dios omnipotente es posible dar á su criatura: si no nos da más, es porque para Él mismo es ya imposible. ¿Qué es lo que deja de darnos? La personalidad divina, la unión hipostática, porque, como siente el Doctor Angélico, *no era decente á su infinita majestad, que personalmente se uniera con cada uno de los hombres*<sup>3</sup>; y nadie habrá que no convenga en esta verdad. Excluído esto, podemos decir á boca llena: Todo Dios es mío, cuando sacramentalmente le recibo: *Mi amado es todo para mí, tégole y no le dejaré*<sup>4</sup>. Dáme no sólo su divinidad, indisolublemente unida á su cuerpo y sangre, y con ella las tres divinas Personas, sino también su humanidad santísima, cuerpo y alma, con todos los tesoros que allí se encierran. «¡Oh hombre, más que hombre! exclama un devoto escritor; ¡oh Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero! ¡Cuán bien nos descubres tu infinita caridad en este Sacramento, dándonos toda la sustancia de tu casa, sin reservarte cosa alguna! Conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares<sup>5</sup>: *Si diere el hombre toda la sustancia*

<sup>1</sup> Matth. 28, 20.<sup>2</sup> Io. 4, 14.<sup>3</sup> Opusc. cit.<sup>4</sup> Cant. 2, 16.<sup>5</sup> Ibid. 8, 7.

*de su casa por el amor, despreciaráo como si nada diera.* Aquí nos das tu misma casa, que es tu cuerpo sacratísimo; la sustancia de que se sustenta, que es tu preciosa sangre; el morador que habita en ella, que es tu alma santísima y tu divina persona; y las alhajas que la adornan y los tesoros que la enriquecen, que son tus virtudes y merecimientos infinitos.»<sup>1</sup> El Padre nos da á su mismo Hijo vestido de accidentes de pan para que se entrañe en nosotros y nos una por amor consigo; el Verbo dáenos á sí mismo, hecho verdadero manjar, encerrado, como *maná escondido*, dentro de este Sacramento; y el Espíritu Santo, compañero inseparable del Padre y del Hijo, entra juntamente con Cristo en el alma que le comulga; y de esta suerte, todas tres Personas de la adorable Trinidad dan testimonio interiormente al que comulga, de la grandeza del Pan vivo que recibe<sup>2</sup>.

8. Así se alarga la dádiva de infinita grandeza hasta donde es posible comunicarse Dios á su criatura. Pues también el sacrificio, exigido por el amor, se prolonga eternamente por la institución eucarística, siendo Cristo Señor nuestro *sacerdote eterno según el orden de Melchisedech*<sup>3</sup>. No bastándole haber ofrecido el sacrificio de su cuerpo y sangre en el Calvario, para cumplir y realizar las figuras de los antiguos sacrificios aarónicos de víctimas animadas y escogidas, quiso ofrecer perennemente en su Iglesia el sacrificio incruento de su mismo cuerpo y sangre en forma de pan y vino, á fin de verificar las figuras de las ofrendas de Melchisedech, sacerdote del Altísimo<sup>4</sup>. Y este holocausto diario y

<sup>1</sup> *La Puente*, Perfección tr. 4, cap. 3.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Ps. 109, 4.<sup>4</sup> Gen. 14, 18.

repetido en innumerables puntos del globo, esta ofrenda que de todos los ángulos del planeta se eleva incesantemente á la Divinidad, cual incienso olorosísimo; y este baño de sangre divina que empapa y enrojece toda la redondez de la tierra, como para ocultar á los ojos de la infinita santidad las feas manchas que la cubren, constituye el testimonio auténtico del amor eterno que inmola siempre al Cordero de Dios para borrar los pecados del mundo. *Ecce Agnus Dei*. Tal es la sagrada Eucaristía.

9. El hombre carnal, el espíritu orgulloso que no alcanza, en su estrechez de miras, á discernir las operaciones propias del Espíritu de Dios<sup>1</sup>, que es todo amor, en vez de adorar, amar y agradecer, no encuentra sino ocasión de escándalo en ésa que pudiéramos llamar prodigalidad y exceso de la bondad divina para con el hombre. En lugar de exclamar profundamente humillado, como el profeta: *¿Quién es el hombre, Señor, para que así le engrandezcas? ¿por qué inclinas hacia él tu corazón?*<sup>2</sup> murmura como los judíos carnales y duros de cerviz: *¿Quién puede dar oído á tal discurso? ¡Es cosa fuerte de creer!*<sup>3</sup> Así también los gentiles se mofaban del misterio de un Dios muerto en la cruz por la salvación del género humano. El racionalista de hoy, tan vano y orgulloso como el sabio de Atenas, se burla de nuestra creencia, reputándola candidez propia de niños, ó acaso solemne imbecilidad. ¿Por qué así? ¿Será por haber llegado, en su alta ciencia, á formarse la verdadera idea de la Divinidad, idea de que nosotros carecemos? ¡Ah! no creáis tal cosa, hermanos míos

<sup>1</sup> Animalis homo... (1 Cor. 2, 14).

<sup>2</sup> Iob 7, 17.

<sup>3</sup> Io. 6, 61.

muy amados: es precisamente todo lo contrario. Es porque *ignora á Dios*, según la expresión de San Pablo, como lo ignoraban los paganos<sup>1</sup>: porque, presa su corazón del más torpe egoísmo, el egoísmo de la sensualidad y del orgullo, discurre, si así puede decirse, como apocado que es, como hombre que no siente en sí ni una centella de aquel fuego vivífico que se llama amor. Y claro está que el que no ama, nada entiende de las obras de la caridad: no sabe su lenguaje; no comprende qué cosa es darse á sí mismo, qué es sacrificarse. Por esto decía el ardoroso Agustín, el sabio y santo entre los Doctores: «Dáme un alma que ame, y entenderá perfectamente lo que digo.»<sup>2</sup> *¡Dejad á los muertos que entierren á sus muertos!*<sup>3</sup>

## II.

10. Si la caridad es el principio, también es el término de la institución del divino Sacramento, no siendo otro su fin que la unión del hombre con Dios. Sí, cristianos, su unión espiritual, como fruto de la sacramental. Á esto se endereza la maravillosa unión de Cristo con el alma que en el Sacramento lo recibe, á hacer que el espíritu del hombre se haga un mismo espíritu con Dios, según aquella sentencia de San Pablo: *Quien se junta con Dios, es un espíritu con Él*<sup>4</sup>. Pues quien come sacramentalmente el cuerpo del Señor, ¿cómo no se tornará un solo espíritu con Cristo por un modo de unidad inefable, representada por la manducación? Que no en vano dispuso el divino Amador que esta

<sup>1</sup> 1 Thess. 4, 5.

<sup>2</sup> Da amantem, et sentit quod dico (*Aug.*, tr. 26 in Io.).

<sup>3</sup> Matth. 8, 22.

<sup>4</sup> 1 Cor. 6, 17.

unión de su cuerpo con nosotros fuese en forma de comida, para que, bien así como el manjar se convierte en nuestra propia sustancia, y se hace *carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos*<sup>1</sup>, así mismo, aunque inversamente, nuestra alma se trasfundiese en el alma de Cristo y se convirtiese en Él por caridad. Esta virtud, amor levantado á la esfera de lo divino, exige del hombre en quien prendió su llama, que dé á Dios cuanto tiene y posee, siquiera no lo tenga sino prestado, puesto que nada tiene completamente suyo la pobre criatura; exíguele que se dé y entregue á sí mismo en cuerpo y alma, que se deshaga en amor de su Hacedor, que se anonade y derrita en el fuego del sacrificio. Pues todos estos actos de la verdadera caridad que el Espíritu Santo derrama en el humano corazón, se ejercitan admirablemente, ya en el acto mismo de participar del Sacramento, ya como efecto propio y natural de su participación. *Como yo vivo por mi Padre*, dice Jesucristo, *así el que me come, vivirá por mí*<sup>2</sup>. Lo cual juntamente nos declara la alteza de la unión sacramental, comparada aquí con la unión eterna y sustancial de las divinas Personas, y la entrega total que hace de sí el alma, dejando de vivir por sí misma para vivir por Cristo, vida nuestra. Porque en este caso, puede decirse que ya no es ella la que vive, sino Cristo el que vive en ella, como lo experimentaba el grande Apóstol<sup>3</sup>: no tiene ya otro sentir, ni otro querer que el de Cristo, ni otro obrar que por el mismo que vive y obra en ella. *Vivo sin vivir en mí*, decía la seráfica Teresa de Jesús; y esto, á proporción, debe decir toda persona que comulga. Si, como dice San Gregorio Niceno,

<sup>1</sup> Gen. 2, 23.<sup>2</sup> Io. 6, 58.<sup>3</sup> Gal. 2, 20.

se nos da en alimento el que siempre es, *ut id efficiamur, quod ipse est*<sup>1</sup>, preciso será que dejemos de ser lo que somos para que seamos lo que Él es.

II. Y ¿qué ha de producir la sagrada comunión sino arranques de ardentísima caridad? Ésta es su fruto principal, fruto que en mayor ó menor grado se alcanza, á medida del afecto y disposición del alma que recibe á Jesús sacramentado. De la comunión eucarística brotaron, como llamas de una hoguera encendidísima, aquellas palabras apostólicas: *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura la tribulación ó la angustia, la persecución ó la espada?*<sup>2</sup> De la Eucaristía salieron aquellos generosos espíritus de tantas almas antes tímidas en las batallas del espíritu, y luego esforzadas y animosas y terribles como leones, capaces de hacer frente y poner en fuga al mismo Lucifer. *Facti diabolo terribiles*, que dice el gran Crisóstomo<sup>3</sup>. Porque es propio del amor divino hacer á los hombres magnánimos y fuertes, obradores de cosas heroicas, como dice San Gregorio<sup>4</sup>, é invencibles en la lucha con los enemigos de Dios, que son los mismos enemigos de todo nuestro bien. Eliseo recibió con la capa de Elías duplicado el espíritu de este gran profeta, con el cual, como su maestro, hizo prodigios de celo por la gloria de Dios: así, dice San Juan Crisóstomo<sup>5</sup>, el discípulo de Cristo que recibe en la Eucaristía la vestidura purísima del cuerpo de su divino Maestro, queda revestido del espíritu doblado del mismo Cristo, con el cual es capaz de hacer obras de maravillosa virtud y fortaleza. Y

<sup>1</sup> Apud *La Puente*, De la medit. tr. 2, cap. 16.<sup>2</sup> Rom. 8, 35.      <sup>3</sup> Hom. 61 ad pop.<sup>4</sup> Apud *Rodríguez* l. c.: Amor magna operatur.<sup>5</sup> Hom. 2 ad pop.

¿cuál es este doble espíritu, sino la caridad de Dios y del prójimo? De esta suerte, por efecto de la sagrada Eucaristía, se han formado en el mundo tantas vivas imágenes de Jesucristo, lumbreras de santidad, acabados trasuntos de las virtudes excelentísimas del Hombre-Dios, otros Cristos....

12. De la fuente eucarística nacen toda clase de afectos encendidos y generosos, con que aspira á desahogarse el ardor intolerable de la caridad que arde en el pecho endiosado con la posesión de Cristo. Y primero, aquel deseo vehementísimo de retribuir al Señor por la munificencia de sus dones algo de nuestra pobrísima hacienda, á la manera que anhelaba hacerlo el Real Profeta: *¿Quid retribuam Domino? ¿Qué podré darle al Señor, por todo lo que Él me ha dado á mí?*<sup>1</sup> Y, no hallando traza y manera de dar nada á Dios en su persona, porque *Él no necesita de nuestros cortos bienes*<sup>2</sup>, ni hay alguno en nosotros que no lo sea antes de Él, han discurrido retribuirle en su gloria, trabajando por la dilatación de su reino y ensalzamiento de su nombre en la tierra, y luego, en la persona de los hombres á quienes Dios ama como suyos, procurándoles todo el bien posible, aun á costa del sacrificio cumplido de sí mismos. Pasa adelante el afecto del alma agradecida, saliendo como fuera de sí por la vehemencia del amor, y prorrumpiendo en cánticos de alabanza, bendición y gloria, á semejanza de los bienaventurados moradores del cielo, cuya única ocupación es anegarse en el piélago de las dulzuras de la casa del Señor. «Recibe mis votos, Dios y Señor mío, exclaman trasportados de devoción; recibe los deseos de infinitas alabanzas y

<sup>1</sup> Ps. 115, 3.

<sup>2</sup> Ps. 15, 2.

de bendiciones sin número, cuales á Ti se deben según la grandeza de tu inefable soberanía. Para alabarte conmigo convidó á todos los espíritus celestiales, á todos los fieles de la tierra, á todos los pueblos, tribus y lenguas, para que todas las criaturas ensalcen y engrandezcan con suma alegría tu santo y meliflúo nombre.»<sup>1</sup>

13. Mas, no satisfecha el alma con devotísimos afectos, echa mano de las obras de caridad, hasta de las más heroicas, y dificultosas, sedienta del bien espiritual y corporal del hombre, criatura de Dios, imagen del Criador, y hermano y representante de Jesucristo. ¡Oh! y ¡cómo se inflama en el amor del prójimo el alma apacentada con las delicias de la santa Mesa! Pues no solamente se une y estrecha con todos los hombres, como miembros de un mismo cuerpo místico, cuya cabeza es nuestro Dios sacramentado; no solamente se regocija con ellos, como con comensales del mismo banquete celestial; sino que aprende práctica y eficazísimamente el arte de aprovechar á sus hermanos, de amarlos no ya con palabras blandas y afectuosas, sino *con obras de verdad*<sup>2</sup>, acudiendo al remedio de sus necesidades y prestándoles ayuda para que alcancen la felicidad verdadera. Aprende finalmente el arte divino de inmolarse por ellos, cuando así lo exija el bien y provecho de sus prójimos, como quiera que, en la escuela de la Eucaristía, se llega hasta la consumación de la caridad; y: *Nadie la tiene mayor que quien da su vida por sus amigos y hermanos*<sup>3</sup>. «El Pan del cielo, observa juiciosamente un escritor, es el único que desarrolla en nosotros esa heroica virtud de la caridad evangélica.

<sup>1</sup> Imit. Christi lib. IV, cap. 17..

<sup>2</sup> 1 Io. 3, 13.

<sup>3</sup> Io. 15, 13.

Ni se la conocía antes del cristianismo, ni existe aún en los países donde no ha penetrado la luz del Evangelio. Es tan evidente que la caridad es el fruto de la sagrada Eucaristía, que no se la encuentra tampoco en las sociedades cristianas donde es poco conocido y venerado este adorable misterio.... Las sectas que han roto con la sagrada Eucaristía, ignoran las hazañas apostólicas, permanecen extrañas á los prodigios de la fe, de la abnegación, del sacrificio; y no comprenden á qué grado de heroísmo llega la caridad....»<sup>1</sup>

14. Practiquemos, pues, carísimos hermanos, esa virtud que nos une con Dios y con nuestros semejantes en apretados lazos de amor puro, santo y generoso: esa virtud que, cual columna de oro adornada de riquísimos diamantes, sustenta el Tabernáculo del divino Sacramento; y llegaremos también nosotros á ser columnas vivas en el templo del Señor, conforme á la promesa hecha por Cristo á los gloriosos vencedores<sup>2</sup>. Llegaremos, en fuerza de la misma virtud (la cual en sí contiene por modo eminente todas las otras virtudes), á cumplir perfectamente los deberes de la justicia, en su más lato y hermoso sentido, porque daremos á Dios el amor que le debemos, y al prójimo mucho más de aquello á que estrictamente estamos obligados. De esta suerte todas las virtudes, teologales y cardinales, sustentarán en nosotros el edificio eucarístico, viva imagen en la tierra del templo suntuoso de la gloria. Así sea.

<sup>1</sup> *Ratisbona*, Man. de las madres crist. c. 2.

<sup>2</sup> Apoc. 3, 12.

## SERMÓN DÉCIMOSEXTO.

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1887).

### La Eucaristía y la Encarnación: sus armonías.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. No es la menor de las excelencias de la gloriosa Virgen María, ser ella sola quien puede sentir dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristía. Porque así como no hay hombre, por más santo que sea, y aunque tuviera, como dice el autor de la *Imitación*<sup>1</sup>, la pureza de los ángeles y la santidad del Bautista, que sea digno de recibir á Dios sacramentado, así no hay ninguno tampoco, por más iluminado que se halle con la luz del cielo, que alcance á pensar y sentir de tan alto misterio como la grandeza del mismo lo requiere. Institución divina es ésta, dice el mismo autor, no invención humana, y así no basta sutileza de entendimiento angélico para entenderla de algún modo<sup>2</sup>. Sólo María, depositaria de la Sabiduría divina nueve meses en sus entrañas incontaminadas de virgen purísima, sería capaz de decirnos lo que encierra y contiene la maravilla de un Dios-hombre realmente presente debajo de viles accidentes de pan y vino. Y es, cristianos oyentes, porque median relaciones estrechísimas entre la Encarnación, de la que María fué parte tan principal, y la Eucaristía, á cuya participación somos llamados nosotros, aunque vilísimas criaturas. Es la Eucaristía, al decir de un agudo escritor, *vivísimo retablo de la Encarnación*<sup>3</sup>. Si pues

<sup>1</sup> Lib. IV, cap. 5.

<sup>2</sup> *Ibid.* cap. 4.

<sup>3</sup> P. *Nieremberg*, Del aprecio y estima de la div. gracia.